

mejor, diciendo que ningún lugar ni región tiene aire propio; porque el que está hoy en Flándes corriendo cierzo, en dos ó tres días pasa en Africa, y el que está en Africa corriendo mediodía, lo vuelve al septentrion, y el que está hoy en Jerusalem corriendo levante, lo echa en las Indias de poniente; lo cual no puede suceder en las aguas, por no salir de un mismo territorio, y así cada pueblo tiene su agua particular, conforme al minero de la tierra de donde nace y por donde pasa, y estando el hombre acostumbrado á una manera de agua, bebiendo otra se altera más que con menos manjares ni aires; de suerte que los padres que quieren engendrar hijos muy sabios han de beber aguas delicadas, dulces y de buen temperamento, so pena que errarán la generacion. Del ábrego, dice Aristóteles (1) que nos guardemos al tiempo de la generacion, porque es grueso y humedece mucho la simiente, y hace que se engendre hembra y no varon; pero el levante (2) nunca acaba de loarle y ponerle nombres y epítetos honrosos. Llámale templado, empreñador de la tierra, y que viene de los campos Eliseos. Pero aunque es verdad que importa mucho respirar aires muy delicados y de buen temperamento y beber aguas tales, pero mucho más hace al caso usar de manjares sutiles y de la temperatura que requiere el ingenio; porque de setos se engendra la sangre, y de la sangre la simiente, y de la simiente la criatura. Y si los alimentos son delicados y de buen temperamento, tal se hace la sangre, y de tal sangre la simiente, y de tal simiente tal cerebro. Y siendo este miembro templado y compuesto de substancia sutil y delicada, el ingenio, dice Galeno (3) que será tal; porque nuestra ánima racional, aunque es incorruptible, siempre anda asida de las disposiciones del cerebro, las cuales, si no son tales cuales son menester para discurrir y filosofar, dice y hace mil disparates.

Los manjares, pues, que los padres han de comer para engendrar hijos de grande entendimiento, que es el ingenio más ordinario en España, son: lo primero pan candeal, hecho de la flor de la harina y amasado con sal; éste es frio y seco, y de partes sutiles y muy delicadas. Otro, dice Galeno, de trigo rubial ó truxil, ó el cual, aunque mantiene mucho y hace á los hombres membrudos y de muchas fuerzas corporales, pero por ser húmedo y de partes muy gruesas echa á perder el entendimiento. Dije amasado con sal, porque ningún alimento de cuantos usan los hombres hace tan buen entendimiento como este mineral. Él es frio y con la mayor sequedad que hay en las cosas, y si nos acordamos de la sentencia de Heráclito, dijo de esta manera: *Splendor siccus animus sapientissimus*.

Por la cual nos quiso dar á entender que la sequedad del cuerpo hace al ánima sapientísima. Y pues la sal tiene tanta sequedad y tan apropiada para el ingenio, con razon la divina Escritura la llama con este nombre de prudencia y sabiduría (4).

(1) 14 sect., prob. 5.

(2) 16 sect., prob. 35.

(3) Lib. *Artis medic.*, cap. XII.

(4) *Quidquid obtuleris sacrificii sale condies: accipe sal sapientia vos estis sal terra.*

«Pero es menester escoger la sal que sea muy blanca y que no sale mucho, porque la tal es de partes sutiles y muy delicadas, y por lo contrario, la morena es muy terrestre y destemplada, y sala mucho en pequeña cantidad.

«Cuánto importe la sal echada en los alimentos, no solamente que comen los hombres, brutos y animales, pero áun las plantas, nótaló Platon diciendo que la sal no solamente da gusto y contento al paladar, pero da sér formal á los alimentos para que puedan nutrir. Sola una falta tiene, y ésta es muy grande, que no habiendo sal, ninguna cosa hay criada en el mundo que supla por ella. Todas las demas cosas de que el hombre se aprovecha en esta vida tienen su lugar-tiente si ellas faltan; sólo la sal nació sola para el fin que fué criada, porque si falta pan de trigo, hay de cebada, centeno, panizo, avena y escaña; si falta vino para beber, hay agua, cerveza, leche, zumo de manzanas y de otras frutas; y si falta paño para vestir, hay pieles de animales, de las cuales vistió Dios á nuestros primeros padres para echarlos del paraíso terrenal; y si no, lienzos, sedas, cáñamo y esparto. Y así discurriendo por las demas cosas, hallarémos que todas tienen quien supla sus faltas, sino es la sal, que nació sola para su fin.

«A la cual propiedad aludiendo Cristo, nuestro Redentor, en su Evangelio dijo á sus discípulos: *Vos estis sal terræ, si sal evanuerit in quo salietur*. Como si dijera: discípulos míos y doctores de la Iglesia, mirad que sois sal de la tierra, y si vosotros os perdeis, ¿en que otra cosa que tenga las veces de sal salarémos al pueblo cristiano? porque sabe que no la hay. Y otro Evangelio dice: *In quo salietur ipsum sal*; para darles á entender que si ellos, siendo sal, se pierden, ¿en qué otra cosa los salarémos á ellos propios? Como si dijera: *Incarnatori quis mædebitur*. Y pudiera decir el Evangelio: vosotros sois el pan de trigo de mi Iglesia para sustentar y dar alimento espiritual y doctrina á los fieles, y si vosotros os perdeis, ¿en qué otra cosa alimentarémos al pueblo? Pudiéranle responder: en pan de cebada, como vos lo hicisteis en el desierto; pero porque la sal no tiene lugar-tiente, la escogió Dios para darles á los discípulos su oficio. De la sal dicen los médicos: *Omnis sal in communi calefacit discuti, adstringit, siccatur, cogit, ac densat substantiam corporum quibus adhibetur*. Las cuales propiedades ha de tener tambien el que fuere sal de la Iglesia, y tales efectos ha de producir en el auditorio cristiano el buen predicador. Y si no, discurra por cada una de ellas el que tuviere invencion, y verá cuán al propósito viene llamar Dios sal á los predicadores. Pero una cosa no han considerado los filósofos naturales ni los demas que han procurado buscar las propiedades de la sal, y es, que las cosas que tienen mucha sal, si las queremos brevemente desalar, echándoles sal en cierta medida y cantidad, y hasta cierto tiempo, le vienen á desalar, y si pasan el punto, se hacen salmuera. De lo cual, si alguno quisiere hacer experiencia, hallará que el pescado salado puesto á remojar en agua de la mar hasta cierto tiempo, se desala más presto que en agua dulce. Y si dos pedazos de pescado igualmente salados pone-

mos á desalar en dos vasijas de agua dulce, al que le echaren un puñado de sal se desalará más pronto que el otro. El predicador que tuviese buena invencion sacaría de esta propiedad una galana consideracion para el púlpito. En todas estas propiedades naturales que hemos dicho de la sal, ó en parte de ellas, se debió fundar Eliseo cuando con un vaso de sal enmendó las aguas mortíferas de cierta region, é hizo que la tierra fuese fecunda, siendo ántes estéril; lo cual es fácil de probar, si convenimos primero en tres principios naturales, tan ciertos y verdaderos que ninguno los puede negar. El primero es de cuatro juntas ó combinaciones posibles que se pueden hacer de las primeras calidades, caliente y húmeda, caliente y seca, fria y húmeda, fria y seca; de la primera dicen todos los médicos y filósofos que ésta es la causa total por donde las cosas naturales se pierden y corrompen, porque el calor juntamente con la humedad, puesto en el ambiente, relaja y afloja los elementos que están en la compostura del misto y los saca de la union, y así cada uno, dice Aristóteles, se va por su parte.

«El segundo principio es, que no todas las tierras del mundo son de una misma calidad. Unas, dice Hipócrates, son húmedas, otras secas; unas calientes y otras frias; unas dulces y otras amargas; unas insípidas y aguanosas, y otras saladas; unas crudas y otras fáciles de cocer; unas ásperas y otras blandas. Lo cual no hizo naturaleza acaso y sin pensar, sino con mucha providencia y cuidado, atento á la gran variedad de plantas y semillas que de la tierra se habian de mantener, porque no todas usan de un mismo alimento. Si en dos palmos de tierra, dice Hipócrates, se siembran ajos, lechugas, garbanzos y altramuces, los ajos toman de la tierra para su nutricion lo acre y mordaz, las lechugas lo dulce, los garbanzos lo salado, y los altramuces lo amargo; y así, por consiguiente, no hay yerba ni planta que no chupe de la tierra el alimento con quien tiene amor y semejanza, y deje los demas en quien no halla familiaridad ni gusto; pero de tal manera que no deje de aprovecharse de las otras diferencias de tierra, porque de todas juntas hizo naturaleza un guisado y condimento que lleva dulce, salado, agrio, y otro que pica como pimienta y especias, á manera de cazuela moji, porque de otra manera la experiencia nos muestra que muchas yerbas juntas, aunque sean de diferente naturaleza, las unas á las otras se quitan la virtud. Lo que Hipócrates quiso sentir es que las lechugas toman de la tierra lo dulce cuatro onzas, y un adarme de las demas; y los garbanzos toman de lo salado dos onzas, y muy poco de las demas; y así, por consiguiente, de las otras diferencias. Pero si la tierra está insípida y sin ninguna sal, no hay planta que se mantenga de ella, porque el sér formal que tienen los alimentos, por donde son aptos para nutrir, dijo Platon lo toman de la sal. Y no como las demas golosinas y sabores, que levantan el apetito para recrearlo, y no más. Por donde es cierto que los alimentos y frutas que naturaleza hizo sabrosas, no es otra la causa sino haberles dado en su formacion el punto de sal que habian menester.

«El tercer principio es, que las plantas tienen gusto

y conocimiento de los alimentos que son familiares á su naturaleza, y éstos, aunque estén distantes, los traen para sí, y huyen de los contrarios, lo cual confiesa llanamente Platon, porque le parece cosa imposible que estando junto á sus aires tres ó cuatro diferencias de alimentos, que elijan y escojan el que es para sí familiar y semejante, y dejen los demas por desemejantes y extraños, y que saquen de los que cuecen y alteran lo puro y aechado, y se mantengan de ello, y lo otro aparten y desvien de sí hasta echarlo fuera del cuerpo; la cual sentencia contentó grandemente á Galeno, y así dijo: *Platonem commendo plantas animalium vocabulo: nuncupantem, non enim alia ulla de causa germanum atrahere vel sibi ipsis assimilare, quam ob fruitionem et in genitam eis voluntatem dicere possumus*. Por las cuales palabras confiesa llanamente Galeno, juntamente con Platon, que las plantas tienen gusto, y que se recrean con alimentos que tienen buen sabor conforme á su apetito, y con los malos y desabridos se afligen y entristecen como si fueran animales.

«Con estos tres principios podrémos ya responder al hecho milagroso de Eliseo, porque si la tierra que curó y enmendó sembrando sal por encima estaba insípida y aguanosa, con la sal se hizo sabrosa y aparejada para nutrir; y si por el calor y humedad del aire que estaba metido en las cavernas de la tierra las aguas salian malignas y corrompidas, con las calidades que dijimos de la sal naturalmente se remediaron; y si la tierra era infecunda por la mucha sal que tenia, con la misma sal sembrada por encima se vino á desalar; el milagro fué que con solo un vaso de sal remediase Eliseo tanta tierra y tanta muchedumbre de aguas, como el milagro del desierto, que con cinco panes de cebada y dos peces hartó Dios cinco mil hombres, y sobraron doce cofines; en el cual hecho naturaleza puso el pan y los peces, cuya propiedad era alimentar y nutrir, y Dios la cantidad que fué menester para hartarlos (1).»

Las perdices y francolines tienen la misma sustancia y temperamento que el pan candeal y el cabrito y el vino moscatel, de los cuales manjares usando los padres de la manera que atras dejamos notado, harán los hijos de grande entendimiento.

Y si quieren tener algun hijo de grande memoria, coman ocho ó nueve días ántes que llegue el acto de la generacion, truchas, salmones, lampreas, besugos y anguilas; de los cuales manjares harán la simiente húmeda y muy glutinosa. Estas dos calidades dijimos atras que hacian la memoria fácil para recibir, muy tenaz para conservar las figuras mucho tiempo. De palomas, cabritos, ajos, cebollas, puerros, rábanos, pimienta, vinagre, vino blanco, miel y de todo género de especias se hace la simiente caliente y seca y de partes muy delicadas. El hijo que de estos alimentos se engendraré será de grande imaginativa, pero falto de entendimiento, por el mucho calor, y falto de memoria, por la mucha sequedad. Estos suelen ser muy perjudiciales á la república, porque el calor los inclina á muchos vicios y males, y les da ingenio y ánimo para

(1) Todo esto falta en las primeras ediciones; sólo existe en la de Alcalá de 1640.



poder ejecutar. Aunque si se van á la mano, más servicios recibe la república de la imaginativa de éstos que del entendimiento y memoria (1).

«Los médicos, viendo por experiencia lo mucho que puede la buena temperatura del cerebro para hacer á un hombre prudente y discreto, inventaron cierto medicamento de tal compostura y calidad, que tomado en su medida y cantidad, hace que el hombre discorra y ratiocine muy mejor que ántes solia; llamaronla *confectio sapientium*, ó *confectio anacardina*, en la cual, como parece por su receta, entra manteca de vacas fresca y miel, de los cuales dos alimentos dijeron los griegos que comidos avivaban grandemente el entendimiento, pero consideradas las demas medicinas que entran en su composicion, realmente son muy calientes y secas, y totalmente echan á perder el entendimiento y memoria, aunque no se le puede negar que avivan la imaginativa en hablar y responder á propósito en motes y comparaciones, en malicias y engaños, y dan los más en el arte de metrificar, y en otras habilidades que descomponen al hombre; y como el vulgo no sabe distinguir ni poner diferencia entre las obras del entendimiento y de la imaginativa, en viendo á los que han tomado esta confeccion que hablan más agudamente que ántes solian, dicen que han cobrado más entendimiento, y realmente no es así, ántes lo han perdido, y cobrado un género de sabiduría que no le está bien al hombre, á la cual llamó Ciceron *calliditas*, que es un saber contrario de la justicia.

«Todas las veces que pasaba por aquel lugar del Génesis que dice: *Quis enim indicavit tibi quod nudus esses, nisi quod ex arbore ex quo præceperam tibi ne comederes, comedisti?* me sonaba á los oídos que la fruta de aquel árbol *scientiæ boni et mali* tenía propiedad natural de dar conocimiento y advertencia al que comia de ella, y aquella ciencia no le estaba bien al hombre, ni Dios quería que la supiese, porque era un género de sabiduría de quien dijo san Pablo: *Prudentia carnis inimica est Deo*. Pero viendo que la divina Escritura tiene tan profundos sentidos, y que con su letra se suelen engañar los que poco saben, lo dejaba pasar, hasta que ya molestado de ocurrirme tantas veces á la imaginacion, propuse en mí de leer todos los expositores que hallase de aquel lugar, para ver si alguno lo tocaba, y á pocas vueltas leyendo en Josefo, *De antiquitatibus*, hallé que decia que la fruta de aquel árbol *scientiæ boni et mali* aceleraba el uso de la razon y aguzaba el entendimiento, atento á la cual propiedad le pusieron tal nombre, como al otro árbol de la vida, que por eternalizar al hombre que comia de su fruta le llamaron *arbor vitæ*. La cual sentencia y declaracion no admite Nicolao de Lyra, pareciéndole que la fruta de aquel árbol, siendo material, no podia obrar en el entendimiento humano, siendo espiritual. El Abulense no admite la reprehension de Nicolao absolutamente, sino es con distincion. Y así dice que aunque el entendimiento humano es potencia espiritual y que no obra

(1) Nota que el hombre es libre y señor de sus obras. *Deus ab initio constituit hominem et reliquit illum in manu consilii sui. (Eccle., c. xv.)* Aunque es irritado de su mala temperatura

con órgano corporal, pero con todo eso, no puede entender sino es aprovechándose de las otras para potencias orgánicas, las cuales, si tienen buen temperamento, ayudan bien al entendimiento, y si no, le hacen errar. Y tal templanza podia poner la fruta de aquel árbol en el cerebro, que viniese el hombre á saber más por aquella razon. Y que la templanza ó destemplanza de los alimentos puedan ayudar y ofender á la sabiduría, pruébalo por aquel lugar de la Escritura: *Cogitavi in corde meo abstrahere à vino carnem meam, ut animum meum transferam ad sapientiam*. Tambien cita Aristóteles en los libros de fisonomía, donde dice que las alteraciones que recibe el cuerpo por razon de los alimentos que el hombre come, y por el temperamento de la region donde habita, y por las demas causas que suelen inmutar el cuerpo, que pasan al ánima racional; y así dice que los hombres que habitan tierras muy calientes son más sabios que los que moran en regiones muy frias. Y Vegetio afirma que los que habitan en el quinto clima, como son los españoles, italianos y griegos, que son hombres de grande ingenio y muy animosos.

«Conforme esto, bien era posible que la fruta de aquel árbol tuviese tanta eficacia en alterar las potencias orgánicas del cuerpo, que aprovecharan á los discursos del entendimiento. Y porque Adan era sapientísimo y sin necesidad de otra sabiduría alguna, le puso Dios el precepto en esta fruta, guardándola para sus descendientes, los cuales siendo niños, y comiendo de ella, acelera el uso de la razon. Pero realmente las palabras del texto no admiten esta postrera declaracion, porque bien miradas, quieren significar que la fruta del árbol con su virtud y eficacia les abrió los ojos corporales y les enseñó lo que sabian: *Et aperti sunt oculi amborum, et cognoverunt se esse nudos*. Lo cual se prueba más á la clara ponderando aquellas palabras que Dios le dijo al hombre cuando le halló tan avergonzado de verse desnudo: *Quis enim indicavit tibi quod nudus esses, nisi quod ex ligno ex quo præceperam tibi ne comederes, comedisti?* Nemesio obispo, en un libro que escribió *De natura hominis*, llanamente confiesa que la fruta de aquel árbol tenía propiedad natural de dar sabiduría, y que realmente le enseñó á Adan lo que no sabia. Cuyas palabras son éstas que se siguen: *Et quoniam ei non conferebat ut ante sui perfectionem suam agnosceret naturam, prohibuit ne gustaret lignum cognitionis, erant autem imo vero nunc quoque sunt in plantis maximo virtutes, tunc autem ut potens in initio mundi creationis cum essent sinceræ potissimum habebant operationem erat, ergo alicujus quoque fructus gustatio offerens cognitionem suæ naturæ nolebat autem Deus cum suam agnoscere naturam ante perfectionem, ne si cognovisset se multis egere ea curaret, quæ ad usum corporis pertinent reliquens coram animæ, et propter hanc causam prohibuit ne esset particeps fructus cognitionis*. Por las cuales palabras confiesa llanamente este autor que la fruta de aquel árbol tenía propiedad natural de dar conocimiento al que no lo tenía, y que esto no solamente se hallaba en el principio del mundo cuando los alimentos tenían tanta

eficacia en alterar el cuerpo humano, pero aún ahora, estando estragadas con el largo discurso del tiempo, hay muchas frutas que lo pueden hacer. Y porque á nuestros primeros padres no les estaba bien saber en todo su naturaleza, ni tener noticia de las cosas de que tenían necesidad, les puso el precepto en este árbol, cuya propiedad era poner al hombre en cuidado del cuerpo, y apartarlo de las contemplaciones del ánima. Esta declaracion es conforme á la filosofia natural que vamos tratando, porque no hay alimento, especialmente las frutas, que son alimentos medicamentosos, que no altere el cerebro, conforme aquello de Hipócrates: *Facultas alimenti pervenit ad cerebrum*. Y tal habilidad pone en el hombre, cual es el temperamento que engendra en el cerebro, como es el del vino, que si se bebe en cierta cantidad hace al hombre ingenioso, y si pasa de allí, lo enloquece, y no se ha de entender que la fruta del árbol vedado diese inmediatamente hábitos de ciencia, como pensó Nicolao, sino temperamento acomodado á tal género de ciencia, con el cual viene luego el hombre en conocimiento de las cosas de que estaba descuidado; y que la fruta de este árbol tuviese propiedad de abrir los ojos y hacer conocer lo que ignoraban, no se puede negar, porque en comiendo de ella, dice el texto: *Et aperti sunt oculi amborum, et cognoverunt se esse nudos*. Y dije abrir los ojos, porque como tenemos probado atras, si la imaginativa no asiste con los sentidos exteriores, ninguno puede obrar; que es lo que dijo Hipócrates: *Quicumque dolentes parte aliqua corporis omnino dolorem non sentiunt, vis mens ægrotat*. Como si dijera: si alguno le hicieren causas dolorosas, como es quemarle ó cortarle la mano, y totalmente no lo sintiere, es cierto que tiene la imaginativa distraida en alguna profunda imaginacion, la cual, como hemos dicho, si no asiste con el tacto y con los demas sentidos exteriores, ninguna sensacion pueden hacer: de lo cual podriamos traer muchos ejemplos de los que pasan cada dia por nosotros; pero uno que refiere Plutarco de Archimedes, nos lo dará bien á entender. Este Archimedes era un hombre de tan fuerte imaginativa para componer y fingir maquinamientos de guerra, que él solo era más temido, por esta razon, de los enemigos que todo el ejército contrario. Y era tan estimado su ingenio entre los romanos, que teniendo Marcelo cercada la ciudad de Siracusa, donde el Archimedes estaba, ántes que la entrase echó un bando en su ejército, que ningun soldado fuese osado á matar Archimedes, so pena de la vida; pareciéndole que ningun despojo podia llevar mayor á Roma que un hombre de tanta habilidad. De éste se cuenta que estaba tan ocupado en sus maquinamientos, y tan enclavados los ojos en la tierra donde tenía rayadas las figuras de su invencion, que no veia ni oia lo que pasaba en la ciudad al tiempo de la batalla. Y llegando un soldado romano á él, le preguntó si era Archimedes; aunque se lo preguntó muchas veces, ninguna cosa le respondió, por la ocupacion que tenía de los sentidos, y mohino el soldado de ver un hombre tan traspuesto, le mató. Al tono de esto, cierto es que nuestros primeros padres estaban ocupados, ántes que pecasen, en meditar y contemplar las cosas divinas, y

descuidados de las humanas. Y que aunque andaban desnudos, no lo echaban de ver, y podriamos decir que tenían los ojos cerrados; porque aunque era verdad que los tenían abiertos, y sana la potencia visiva, pero por la ausencia de la imaginativa estaban como ciegos, pues no podian obrar con ellos; y la fruta era de tanta eficacia, que sacó á la imaginativa de su contemplacion, y la puso en la vista. Lo cual suenan claramente aquellas palabras que Dios les dijo en acabando de comer: ¿Quién piensas, oh Adan, que te enseñó que estabas desnudo, sino haber comido del árbol que te prohibí? Lo cual hice, como si dijera, por tu contento y regalo, porque no te estaba bien saber lo que ahora sabes.

«Dos géneros de sabiduría, si bien acuerdo, dejamos notados atras: el uno pertenece al entendimiento, en el cual se encierran todas aquellas cosas que el hombre hace con rectitud y simplicidad, sin errores, sin mentiras y engaños. De la cual sabiduría notó Demóstenes á los jueces en una oracion que hizo contra Eschimo, pareciéndole que el mayor título que les pudo poner para captarles la benevolencia fué llamarles rectos y simples. Y así la divina Escritura á un hombre tan sabio y virtuoso como Job lo llamó *vir rectus et simplex*. Porque los doblados y astutos no son amigos de Dios: *Vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis*.

«Otro género de sabiduría hay en el hombre, que pertenece á la imaginativa; de quien dijo Platon: *Scientia quæ est remota à justitia, calliditas potius quam sapientia est appellanda*. Como si dijera: las cosas que el hombre hace con embustes y engaños, fuera de lo que dicta la razon y justicia, no es sabiduría, sino astucia, como fué aquella conjugacion y discurso que entre sí hizo aquel mayordomo que cuenta san Lucas, diciendo: *Homo quidam erat dives qui habebat villicum, et hic diffamatus est apud illum, quasi dissipasset bona ipsius, et vocavit illum, et ait illi: quid hoc audio de te, redde rationem villicationis tuæ. Iam enim non poteris villicare. Ait autem villicus intrase; quid faciam, quia Dominus meus auferta me villicationem; foderem non valeo, mendicare erubescio, scio quod faciam, ut cum ammotus fuero à villicatione, recipiant me in domus suas, etc.* Con el cual discurso hizo un hurto tan famoso, que dice el texto: *Et laudavit Dominus villicum iniquitatis, quia prudenter fecisset: quia filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt*. En las cuales palabras se contienen dos diferencias de sabiduría y prudencia. La una, dice el texto, pertenece á los hijos de luz, que es con rectitud y simplicidad; y la otra á los hijos de este siglo, con dobleces y engaños; y los hijos de luz saben muy poco en la prudencia del siglo, y los hijos del siglo, ménos en la sabiduría de luz.

«Estando Adan en gracia, era hijo de luz, y sapientísimo en este primer género de sabiduría, y por perfeccion suya le hizo Dios ignorante en el segundo, porque no le convenia. Y el árbol era tan eficaz en dar prudencia de este siglo, que fué menester prohibirle el uso de su fruta para que viviese descuidado en



las necesidades del cuerpo, como dijo Nemesio, y cuidadoso en las contemplaciones del ánima racional. La dificultad es ahora por qué razón llamaron á este árbol *scientiæ boni*, pues la prudencia y sabiduría que daba, ántes era para mal que para bien; á esto se responde que ambas ciencias son para bien, usando de ellas en su tiempo y lugar, y así las encomendó Jesucristo á sus discípulos, cuando los envió por el mundo á predicar: *Ecce mitto vos sicut oves in medio luporum; estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ*. De la prudencia se ha de usar para ampararse de los males que les pueden hacer, y no para ofender con ella. Fuera de esto, los filósofos morales dicen que una misma cosa se puede llamar buena ó mala de una de tres maneras: ó como honesta, ó como útil, ó como delectable. Como el hurto que hizo el mayordomo de la historia pasada, que fué bueno en cuanto útil, pues se quedó con la hacienda de su señor, y malo en cuanto fué hecho contra justicia, tomando lo suyo á su dueño.

»El cubrirse Adán con tanto cuidado, y tener más vergüenza de verse desnudo delante de Dios que haber quebrantado su mandamiento, me da á entender que la fruta del árbol vedado le avivó la imaginativa de la manera que hemos dicho, y ésta le representó los actos y fines de las partes vergonzosas. Pero aunque esta declaración tiene la apariencia que vemos, la comun es: *Quod lignum scientiæ boni et mali non à natura hoc nomen acceperat; sed ab occasione rei postea sequitur. Quod magis probo* (1).»

Las gallinas, capones, ternera, carnero castrado de España, son de moderada sustancia, porque ni son manjares delicados ni gruesos. Dije carnero castrado de España, porque Galeno, sin hacer distincion, dice (2) que es de mala y gruesa sustancia, y no tiene razón, porque puesto caso que en Italia, donde él escribió, es la más ruin carne de todas; pero en esta otra region, por la bondad de los pastos, se ha de contar entre los manjares de moderada sustancia. Los hijos que de estos alimentos se engendraren, tendrán razonable entendimiento, razonable memoria y razonable imaginativa (3). Por donde no abondarán mucho en las ciencias, ni inventarán cosa de nuevo. De éstos dijimos atras que eran blandos y fáciles de imprimir en ellos todas las reglas y consideraciones del arte, claras, oscuras, fáciles y dificultosas; pero la doctrina, el argumento, la respuesta, la duda y distincion, todo lo han de dar hecho y levantado.

De vaca, macho, tocino, migas, pan, trujillo, queso, aceitunas, vino tinto y agua salobre, se hace una simiente gruesa y de mal temperamento. El hijo que de ésta se engendrará tendrá tantas fuerzas como un toro, pero será furioso y de ingenio bestial.

De aquí proviene que entre los hombres del campo por maravilla salen hijos agudos ni con habilidad para las letras; todos nacen rudos y torpes, por haberse he-

(1) Todo esto falta en las ediciones primitivas, y sólo existe en la de Alcalá de 1640.

(2) Lib. III *De aliment. fa.*, cap. II.

(3) De éstos dijo Aristóteles: *Bonum est illud ingenium quod bene dicenti beodit.* (Lib. II.)

cho de alimentos de gruesa y mala sustancia; lo cual acontece al revés entre los ciudadanos, cuyos hijos vemos que tienen más ingenio y habilidad.

Pero si los padres quisieren de véras engendrar un hijo gentil hombre, sabio y de buenas costumbres, han de comer mucha leche de cabras, porque este alimento, en opinion de todos los médicos, es el mejor y más delicado de cuantos usan los hombres, entiéndose estando sanos, y que les responda en proporcion; pero dice Galeno (4) que se ha de comer cocida con miel, sin la cual es peligrosa y fácil de corromper. La razón de ello es que la leche no tiene más que tres elementos en su composicion: queso, suero y manteca. El queso responde á la tierra, el suero al agua y la manteca al aire. El fuego que mezclaba los demas elementos y los conservaba en la mistion, en saliendo de las tetas se exhaló, por ser muy delicado, pero añadiéndole un poco de miel, que es caliente y seca como el fuego, queda la leche con cuatro elementos; los cuales mezclados y cocidos con la obra de nuestro calor natural, se hace una simiente muy delicada y de buen temperamento. El hijo que de ella se engendrará, será por lo ménos de grande entendimiento, y no falto de memoria ni de imaginativa.

Por no estar Aristóteles en esta doctrina no respondió á un problema que hace, preguntando (5): ¿qué es la causa que los hijos de los brutos animales por la mayor parte sacan las propiedades y condiciones de sus padres, y los hijos del hombre no?

Lo cual vemos por experiencia ser así, porque de padres sabios salen hijos muy necios, y de padres necios, hijos muy avisados; de padres virtuosos, hijos malos y viciosos; y de padres viciosos, hijos virtuosos; y de padres feos, hijos hermosos; y de padres blancos, hijos morenos; y de padres morenos, hijos blancos y colorados. Y entre los hijos de un mismo padre y de una misma madre, uno sale necio y otro avisado, uno feo y otro hermoso, uno de buena condicion y otro de mala, uno virtuoso y otro vicioso. Y si á una buena yegua de casta le echan un caballo tal, el potro que nace parece á su padre, así en la figura y color como en las costumbres del ánima.

A este problema respondió Aristóteles muy mal, diciendo que el hombre tiene varias imaginaciones en el acto carnal, y que de aquí proviene salir sus hijos tan desbaratados.

Pero los brutos animales, como no se distraen al tiempo de engendrar, ni tienen tan fuerte imaginativa como el hombre, sacan siempre los hijos de una misma manera y semejantes á sí.

Esta respuesta ha contentado siempre á los filósofos vulgares, y en su confirmacion traen la historia de Jacob (6), la cual refiere que poniendo ciertas varas pintadas en los abrevaderos de los ganados, salieron los corderos manchados.

Pero poco les aprovecha acogerse á sagrado, porque esta historia cuenta un hecho milagroso que Dios hizo para encerrar en él algun sacramento. Y la res-

(4) Lib. *De cibis boni et mali succi*, cap. III.

(5) 10 sect., prob. 12.

(6) *Gen.*, cap. IV.

puesta de Aristóteles es un gran disparate; y si no, prueben los pastores ahora á hacer este ensayo, y verán que no es cosa natural.

También se cuenta por ahí que una señora parió un hijo más moreno de lo que convenia, por estar imaginando en un rostro negro que estaba en un guadamacil, lo cual tengo por gran burla; y si por ventura fué verdad que lo parió, yo digo que el padre que lo engendró tenía el mismo color que la figura del guadamacil.

Y para que conste más de véras cuán mala filosofía es la que trae Aristóteles (1) y los que le siguen, es menester saber por cosa notoria que la obra de engendrar pertenece al ánima vegetativa, y no á la sensitiva ni racional, porque el caballo engendra sin la racional, y la planta sin la sensitiva, y si miramos un árbol cargado de fruta, hallarémos en él mayor variedad que en los hijos de los hombres; una manzana verde y otra colorada, una pequeña y otra grande, una redonda y otra mal figurada, una sana y otra podrida, una dulce y otra amarga; y si cotejamos la fruta de este año con la del pasado, es la una de la otra muy diferente y contraria; lo cual no se puede atribuir á la variedad de la imaginativa, pues las plantas carecen de esta potencia.

El error de Aristóteles es muy notorio en su propia doctrina, porque él dice que la simiente del varón es la que hace la generacion, y no la de la mujer, y en el acto carnal no hay obra del varón más que derramar la simiente sin forma ni figura, como el labrador echa el trigo en la tierra. Y así como el grano de trigo no luégo echa raíces, no forma las hojas y caña hasta pasados algunos dias, de la misma manera dice Galeno (2) que no luégo en cayendo la simiente viril en el útero está ya formada la criatura, ántes dice que son menester treinta y cuarenta dias para acabarse. Lo cual siendo así, ¿qué hace al caso estar el padre imaginando varias cosas en el acto carnal, si no se comienza la formacion hasta pasados algunos dias? Mayormente que quien hace la formacion no es el ánima del padre ni de la madre, sino otra tercera, que está en la misma simiente. Y ésta, por ser vegetativa y no más, no es capaz de imaginativa, solo sigue los movimientos naturales del temperamento y no hace otra cosa (3).

Para mí no es más que los hijos del hombre nazcan de tantas figuras por la vária imaginacion de los padres, que decir que los trigos, unos nacen grandes, otros pequeños, porque el labrador cuando lo sembraba estaba divertido en várias imaginaciones.

De esta mala opinion de Aristóteles infieren algunos curiosos que los hijos de adúltero parecen al marido de la mujer adúltera no siendo suyos. Y es su razón manifiesta, porque en el acto carnal están los adúlteros imaginando en el marido con temor no venga y los halle en el hurto. Por el mismo argumento infie-

(1) El mismo Aristóteles lo confiesa, lib. II *De anima*.

(2) Lib. *De fatum formatione*.

(3) *In pueris membrorum, discretio longissima contingit in femina, in quadraginta duobus diebus, in masculo in triginta paulo breviori tempore aut paulo longiore articulatione in ipsis contingit.* (Hip., lib. *De natura sætus*.)

ren que los hijos del marido sacan el rostro del adúltero aunque no sean suyos; porque la mujer adúltera, estando en el acto carnal con su marido, siempre está contemplando en la figura de su amigo.

Y los que confiesan que la otra mujer parió un hijo negro por estar imaginando en la figura negra del guadamacil, también han de admitir lo que estos curiosos han dicho y probado; porque todo tiene la misma cuenta y razón (4). Ello para mí es gran burla y mentira; pero muy bien se infiere de la mala opinion de Aristóteles.

Mejor respondió Hipócrates al problema, diciendo que los scitas todos tienen unas mismas costumbres y figura de rostro; y dando la razón de esta similitud, dice que todos comen unos mismos manjares, y beben unas mismas aguas, y andan de una misma manera vestidos, y guardan un mismo orden de vivir.

Los brutos animales por esta misma razón engendran los hijos á su semejanza y á su figura particular, porque siempre usan de un mismo pasto y hacen la simiente uniforme. Por lo contrario, el hombre, por comer diversos manjares, cada día hace diferente simiente así en substancia como en temperamento; lo cual aprueban los filósofos naturales, respondiendo á un problema que dice (5) que es la causa que los excrementos de los brutos animales no tienen tan mal olor como los del hombre, y dicen que los brutos animales usan siempre de unos mismos alimentos y hacen mucho ejercicio, y el hombre come tantos manjares y de tan vária substancia, que no los puede vencer, por donde se viene á corromper. La simiente humana y brutal tienen la misma cuenta y razón, por ser ambas excrementos de la tercera concocion.

La variedad de manjares de que usa el hombre no se puede negar, ni tampoco dejar de confesar que de cada alimento se haga simiente diferente y particular, y así es cierto que el día que el hombre come vaca ó morcillas, hace la simiente gruesa y de mal temperamento, por donde el hijo que de ella se engendrará, saldrá feo, necio, negro y de mala condicion. Y si comiere una pechuga de capon ó gallina, hará la simiente blanca, delicada y de buen temperamento, por donde el hijo que de ella se engendrará será gentil hombre, sabio y de condicion muy afable. De donde colijo que ningun hijo nace que no saque las calidades y temperamento del manjar que sus padres comieron un día ántes que lo engendrasen. Y si cada uno quisiere saber de qué manjar se formó, no tiene más que hacer de considerar con qué alimento tiene su estómago más familiaridad, y aquel es sin falta ninguna.

También preguntan los filósofos naturales (6) ¿qué es la razón que los hijos de los hombres sabios ordinariamente salen necios y faltos de ingenio? Al cual problema responden muy mal diciendo que los hombres sabios son muy honestos y vergonzosos, por la cual razón se abstienen en el acto carnal de algunas diligencias que son necesarias para que el hijo salga con la perfeccion que ha de tener. Y pruébanlo con los padres tor-

(4) Lib. *De aere, locis et aquis*.

(5) Alejand. aphrod., lib. I, prob. 28.

(6) Alejand. aphrod., prob. 28.



pes y necios, que por poner todas sus fuerzas y conato: el tiempo de engendrar, salen todos sus hijos ingeniosos y sabios; pero ésta es respuesta de hombres que saben poca filosofía natural.

Verdad es que para responder como conviene, es menester presuponer y probar algunas cosas primero; una de las cuales es que la facultad racional es contraria de la irascible y concupiscible, de tal manera que si un hombre es muy sabio, no puede ser animoso, de grandes fuerzas corporales, gran comedor, ni potente para engendrar; porque las disposiciones naturales que son necesarias para que la facultad racional pueda obrar son totalmente contrarias de las que pide la irascible y concupiscible.

El animo y valentía natural, dice Aristóteles (1), y así es verdad, que consiste en calor, y la prudencia y sabiduría en frialdad y sequedad. Y así lo vemos claramente por experiencia, que los muy animosos son faltos de razones, tienen pocas palabras, no sufren burlas y se corren muy presto; para cuyo remedio ponen luego la mano en la espada, por no tener otra respuesta que dar; pero los que alcanzan ingenio, tienen muchas razones y agudas respuestas y motes, con los cuales se entretienen por no venir á las manos. De esta manera de ingenio notó Salustio á Ciceron, diciéndole que tenía mucha lengua y los piés muy ligeros; en lo cual tuvo razon, porque tanta sabiduría no podía parar sino en cobardía para las armas. De donde tuvo origen una manera de motejar que dice: Es valiente como un Ciceron y sabio como un Héctor; para notar á un hombre de necio y cobarde. No ménos contradice la facultad animal al entendimiento; porque en siendo un hombre de muchas fuerzas corporales no puede tener delicado ingenio, y es la razon, que la fuerza de los brazos y piernas nace de ser el cerebro duro y terrestre, y aunque es verdad que por la frialdad y sequedad de la tierra podía tener buen entendimiento, pero por ser de gruesa sustancia lo echa á perder, y hace otro daño de camino, que por la frialdad se pierde el animo y valentía, y así algunos hombres de grandes fuerzas los hemos visto ser muy cobardes.

La contrariedad que tiene el ánima vegetativa con la racional es más notoria que todas; porque sus obras, que son nutrir y engendrar, se hacen mejor con calor y humedad que con calidades contrarias; lo cual muestra claramente la experiencia, considerando cuán fuerte es en la edad de los niños y cuán floja y remisa en la vejez; y en la puericia no puede obrar el ánima racional, y en la postrera edad, donde no hay calor ni humedad, hace maravillosamente sus obras. De manera que cuanto un hombre fuere más poderoso para engendrar y cocer mucho manjar, tanto pierde de la facultad racional (2). A esto alude lo que dice Platon, que no hay humor en el hombre que tanto desbarate la facultad racional como la simiente fecunda (3); sólo dice que ayuda al arte de metrificar; lo cual vemos por experiencia cada día, que en comenzando un hombre á tratar amores, luego se torna poeta, y si ántes era

(1) 14 sect., prob. 15.

(2) *Dialogo de nat.*

(3) *In sephis.*

sucio y desaliñado, luego se ofende con las arrugas de las calzas y con los pelillos de la capa. Y es la razon, que estas obras pertenecen á la imaginativa, la cual crece y sube de punto con el mucho calor que ha causado la pasión del amor. Y que el amor sea alteracion caliente se ve claramente por el ánimo y valentía que causa en el enamorado, y porque le quita la gana de comer y no le deja dormir.

Si en estas señales advirtiese la república, desterrarían de las universidades los estudiantes valientes y amigos de armas, á los enamorados, á los poetas y á los muy pulidos y aseados (4), porque para ningun género de letras tienen ingenio ni habilidad. De esta regla saca Aristóteles los melancólicos por adustion, cuya simiente, aunque es fecunda, no quita el ingenio.

Finalmente, todas las facultades que gobiernan al hombre, si son muy fuertes, desbaratan la facultad racional. Y de aquí nace que en siendo un hombre muy sabio, luego es cobarde, de pocas fuerzas corporales, ruin comedor y no potente para engendrar. Y es la causa, que las calidades que le hacen sabio, que son frialdad y sequedad, esas mismas debilitan las otras potencias, como parece en los hombres viejos, que si no esperan consejo y prudencia, no tienen fuerza ni valor para más. Supuesta esta doctrina, es opinion de Galeno (5) que para que haya efecto la generacion de cualquier animal perfecto son necesarias dos simientes, una que sea el agente y formador, y la otra que sirva de alimento; porque una cosa tan delicada como es la genitura, no luego puede vencer un manjar tan grueso como es la sangre hasta que el efecto sea mayor. Y que la simiente sea el verdadero alimento de los miembros seminales es cosa muy recibida de Hipócrates, Platon y Galeno; porque, segun su opinion, si la sangre no se convierte en simiente, es imposible que los nervios, las venas y arterias se puedan mantener. Y así dice Galeno (6) que la diferencia que va de las venas á los testículos es, que los testículos hacen de presto mucha simiente, y las venas poca y despacio.

De manera que proveyó naturaleza de alimento tan semejante, que con liviana alteracion y sin hacer excrementos pudiese mantener á la otra simiente; lo cual no pudiera acontecer si su nutricion se hubiera de hacer de sangre. La misma provision, dice Galeno (7) que hizo naturaleza en la generacion del hombre que para formar un pollo y las demas aves que salen de los huevos, en los cuales vemos que hay dos substancias, clara y yema, la una de que se haga el pollo, y la otra le mantenga todo el tiempo que durare la formacion. Por la misma razon son necesarias dos simientes en la generacion del hombre, la una de que se haga la criatura, y la otra de que se mantenga todo el tiempo que durare su formacion. Pero dice Hipócrates (8) una cosa digna de gran consideracion, y es, que no está determinado por naturaleza cuál de las dos simientes ha de ser el agente y formador, ni cuál ha de

(4) 4 sect., prob. 31.

(5) Lib. 1 *De semine*, capítulos VII y VIII.

(6) Lib. 1 *De semine*, cap. XV.

(7) Lib. 1 *De semine*, cap. XVI.

(8) Lib. *De gen.*

servir de alimento. Porque muchas veces la simiente de la mujer es de mayor eficacia que la del varon; y cuando acontece así, hace ella la generacion, y la del marido sirve de alimento. Otras veces la del varon es más potente y prolifica, y la mujer no hace más que nutrir.

Esta doctrina no alcanzó Aristóteles, ni pudo entender de qué servia la simiente de la mujer, y así dijo de ella mil disparates, que era como un poco de agua, sin virtud ni fuerzas para engendrar. Lo cual si fuera así, era imposible que la mujer consintiera la conversacion del varon, ni jamas le apeteciera; ántes huyera del acto carnal, por ser ella tan honesta y la obra tan sucia y torpe. Por donde en pocos dias se acabara la especie humana, y el mundo quedara privado del más hermoso animal de cuantos naturaleza crió.

Y así pregunta Aristóteles (1) ¿qué es la razon que el acto carnal es la cosa más sabrosa de cuantas ordenó naturaleza para recreacion de los animales? Al cual problema responde que como naturaleza procurase tanto la perpetuidad de los hombres, puso tanta delectacion en aquellas obras; porque movidos con tal interes, se llegasen de buena gana al acto de generacion, y si faltaran tales estímulos, no hubiera hombre ni mujer que quisiera casar, no interesando más la mujer de traer nueve meses el hijo en el vientre con tanta pesadumbre y dolores, y al tiempo de parirlo ponerse en riesgo de perder la vida, por donde fuera necesario que la república forzara á las mujeres á que se casasen, con miedo no se acabase la generacion humana.

Però como naturaleza hace las cosas con suavidad, dió á la mujer todos los instrumentos que eran necesarios para hacer simiente irritadora y prolifica, con la cual apeteciese al varon y se holgase con su conversacion. Y siendo de las calidades que dice Aristóteles, ántes le aborreciera y huyera dél que le amara. Esto prueba Galeno (2) ejemplificando con los brutos animales; y así dice que si una puerca está castrada, jamas apetece el barraco, ni lo consiente cuando se le llega. Lo mismo pasa claramente en una mujer cuyo temperamento es más frio de lo que conviene, que si le pedimos que se case, no hay cosa más aborrecible á sus oidos. Y al varon frio acontece otro tanto, todo por carecer de simiente fecunda.

Tambien si la simiente de la mujer fuera de la manera que dice Aristóteles, no podía ser propio alimento, porque para alcanzar las calidades últimas de nutrimento actual, se requiere total semejanza con el que se ha de nutrir. Y si ella no viniera ya labrada y asimilada, despues no se podía adquirir; porque la simiente del varon carece de instrumentos y oficinas, como son el estómago, el hígado y los testículos, donde la pudiese cocer y assimilar. Por donde proveyó naturaleza que hubiese dos simientes en la generacion del animal, las cuales mezcladas, la que fuese más potente hiciese la formacion, y la otra sirviese de mantenimiento. Y que esto sea verdad parece claramente ser así; porque si un negro empreña una mujer blanca, y un hombre

(1) 4 sect., prob. 16.

(2) Lib. *De sem.* cap. XV.

blanco á una mujer negra, de ambas maneras sale la criatura mulatada.

De esta doctrina se colige ser verdad lo que muchas historias auténticas afirman, que un perro, teniendo cuenta con una mujer, la empreñó, y lo mismo hizo un oso con una doncella que halló sola en el campo, y de un gimio que tuvo dos hijos en otra mujer. Y de otra que andándose paseando por la ribera del mar, salió un pescado del agua y la empreñó. Lo que se le hace dificultoso al vulgo es, cómo pudo acontecer parir estas mujeres hombres perfectos y con uso de razon, siendo los padres que los engendraron brutos animales.

A esto se responde que la simiente de cualquiera mujer de aquellas era el agente formador de la criatura, por más potente, y así la figuraba con los accidentes de la especie humana. Y la simiente del bruto animal, por no tener tanta fuerza, servia de alimento y no más. Y que la simiente de estas bestias irracionales pudiese dar alimento á la simiente humana, es cosa que se deja entender. Porque si cualquiera mujer de aquellas comiera un pedazo de oso ó de perro cocido ó asado, se sustentara con él, aunque no tan bien como si comiera carnero ó perdices. Lo mismo acontece á la simiente humana, que su verdadero nutrimento en la formacion de la criatura es otra simiente humana; pero faltando ésta, bien puede suplir sus veces la simiente bruta. Pero lo que notan aquellas historias es que los niños que nacieron de estos tales ayuntamientos daban muestras en sus costumbres y condiciones de no haber sido natural su generacion.

De todo lo dicho, aunque nos hemos algo tardado, podremos ya sacar respuesta para el problema principal, y es, que los hijos de los hombres sabios casi siempre se hacen de la simiente de sus madres, porque la de los padres, por las razones que hemos dicho, es infecunda para engendrar, y no sirve en la generacion más que de alimento. Y el hombre que se hace de simiente de mujer no puede ser ingenioso ni tener habilidad, por la mucha frialdad y humedad de este sexo (3). Por donde es cierto que en saliendo el hijo discreto y avisado, es indicio infalible de haberse hecho de la simiente de su padre. Y si es torpe y necio, se colige haberse formado de la simiente de su madre. A lo cual aludió el Sabio, diciendo: *Filius sapiens latificat patrem: filius vero stultus mæstilia est matris suæ* (4).

Tambien puede acontecer por alguna ocasion que la simiente del hombre sabio sea el agente y formador, y la de su mujer sirva de alimento. Pero el hijo que de ella se engendrará saldrá de poco saber; porque puesto caso que la frialdad y sequedad son dos calidades que ha menester el entendimiento, pero han de tener cierta medida y cantidad, de la cual pasando, ántes hace daño que provecho. Como parece en los hombres muy viejos, que por la mucha frialdad y sequedad los vemos caducar y decir mil disparates. Pues pongamos caso que al hombre sabio le restaban de vivir diez años de conveniente frialdad y sequedad para raciociar-

(3) *Ut est semen in mulieribus humidis, ita etiam frigidus.* (Gal., 6, *De locis*, cap. VI.)

(4) Prob. 5, cap. X.